

de alegría; y se os gozarán vuestros corazones de verme en mi gloria. Estas y otras cosas les iría diciendo por el camino hasta llegar al huerto. Y tú, que vas siguiendo al Señor y á su santa compañía, guarda en tu corazón todo lo que oyes; y de la pena de los discípulos y sus lágrimas saca una admiración de cuán grandemente amaban al Señor, y reprehéndete á ti; y de las palabras del Señor saca cuán vehemente era el amor que les tenía, pues llora de verlos afligidos, estando para morir. Olvídate de ti, siquiera cuando nada te cuesta, y acuérdate del Señor, que olvidado de sus penas, todo va ocupado en consolar á los que por él están tristes.

223. Considera cómo habiendo llegado al huerto, les dijo á los discípulos que se sentasen allí, en una parte algo retirada y oculta, mientras su divina Magestad iba mas adelante un poco á hacer oración, y entresacó á Pedro, Juan y Diego; y apartado de los demás, como un tiro de piedra con poca diferencia, se los llevó consigo, y empezó su Magestad á temer, turbarse y entristecerse; y arrojando dolorosos suspiros, llenos de horror, turbación, pavor y espanto, se volvió á los tres discípulos, y con grande fatiga y ansia, con voz tristísima y dolorosa les dijo: acompañadme y velad conmigo, porque tengo tan triste el corazón, que me quiero caer muerto: poco me falta para quedar muerto ahí entre vosotros; no me degeis solo; estad conmigo y velad: para que veáis cómo la Divinidad cerró todas las puertas del consuelo y alivio á aquella divina alma, según la porción inferior, dejándola como si el Señor fuera puro hombre, como uno de nosotros, en cuanto al miedo, temor, espanto, pavor, tristeza y congoja. De manera, que como si tú te hallaras por delante con la muerte y tanta máquina de tormentos, como el Señor había de padecer, y te hallaras solo, sin que persona alguna del mundo, del cielo ni de la tierra te socorriese ni ayudase, era fuerza que padecieses terrible temor, espanto y pavor; así has de considerar á tu Señor, que todo lo miraba presente y junto con tan grande desamparo, que como dijo por su profeta, no hacía sino volver á una y otra parte los ojos, y no había quien le consolase. Acompañale tú, no le deges solo, que por tu causa está tan afligido: mira que es terrible su desamparo y fatiga, y se conoce en que pide á sus discípulos no le degen solo: no puede haber mayor señal de miedo y temor, ni mayor falta de amor y compasión que dejarle solo: y no acompañarle. Acompañale la vez que te

tocare el ejercicio de esta consideración: arroja de ti el sueño y la pereza, y vela aquella noche por el que se desvela por ti, y así le agradarás, como si en la misma ocasión que padecía le acompañaras.

224. Considera cómo el Señor con la pena y congoja se apartó un poco de los tres discípulos, como siete ú ocho pasos; y el ponerse tan cerca fué para que ellos le viesen y oyesen: y como dice el evangelista,\* se hizo fuerza para arrancarse de entre ellos, por la grandeza del miedo y temor, y juntamente por el mucho amor que les tenía. Púsose de rodillas el Redentor de nuestras almas, como dice Beda,† en la concavidad de una peña, sobre piedra viva, y empezó su oración con estas palabras: Padre mio, no hay cosa imposible á vuestro infinito poder; y así, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra. Como si digera: Padre mio, á quien amo con todo mi amor, atended á que soy vuestro Hijo, é Hijo único, pues no teneis otro, y ved la grande aflicción y congoja en que me tiene puesto esta dolorosa muerte que me espera, pues solo la memoria de ella y su representación me quieren quitar la vida. De los padres es propio dolerse y compadecerse de los trabajos de sus hijos, porque los aman: yo bien sé que me amais con todo vuestro amor, y así compadeceos de mí puesto que todo cuanto quieres podeis, libradme de este trabajo y peligro en que me hallo, solo y sin consuelo. Esto os pido, Padre amoroso, si es posible, que si no, no quiero cosa que no sea de vuestro agrado: vuestra voluntad se haga, y no la mia. Así clamaba aquel Señor (según la parte inferior) á su Padre Eterno. Haz cuenta que le ves estar de rodillas en aquella peña, y que oyes con tus oídos sus humildes, amorosos y tiernos clamores: que ves aquel divino semblante triste y afligido, robado el color, y cubierto de un sudor frio; y ve notando todo lo que ves. Lo primero, que se hinca de rodillas sobre la dureza de una peña viva, y no sobre la yerba de la tierra, que por ser de huerto estaba blanda: para enseñarte que el alma que trata de oración ha de escoger la dureza y aspereza, y dar de mano á las blanduras de la carne. Lo segundo, que se pone con reverencia y de rodillas, aunque era fuerza que le causase dolor el estar una hora con ella en una peña dura, para que tu oración sea reverente, y no sentada, como la dicen

\* Luc. xxii.

† Tract. de Loc. Sanct. cap. 6.

algunos con poca necesidad. Lo tercero, en que repite dos veces la palabra *Padre*, que como dicen los santos, fué para explicar el afecto amoroso y tierno amor con que amaba, veneraba y reverenciaba como tal Hijo de tal Padre; para enseñarte que el trato de la oracion es trato de amor, y que cuando fueres á ella, has de recoger todos tus afectos, y ponerlos solo en tu Padre, que es Dios. Lo cuarto, al principio engrandecer el poder de su Padre, confesandolo por omnipotente, para enseñarte dos cosas. La primera, que tu oracion ha de empezar por las divinas alabanzas; y la segunda, para que conociendo tú al Señor por omnipotente y poderoso, y conociendo juntamente que es tu Padre, hagas tu oracion llena de confianza y amor. Lo quinto, que se conforma en todo con la voluntad de su Padre, y en esta conformidad y humilde resignacion cierra y concluye su oracion: para enseñarte que tu oracion ha de ser humilde, resignada y conforme á la divina voluntad; de manera, que te has de desnudar de todo punto de ti mismo, de tu propio deseo y voluntad; solo con la ansia de que el Señor cumpla en ti su altísimo beneplácito y su santísima voluntad.

225. Considera cómo habiendo perseverado el Señor una hora en su oracion, con grande fatiga y sudor, porque todas tres veces sudó de congoja (dijo Jansenio y otros,) y tanto, que como dice Beda, ablandó la piedra en que estaba arrodillado, y dejó en ella estampadas sus dos santísimas rodillas, y con todo no recibió consuelo alguno, ni alivio; ántes sí crecieron tanto el pavor y la afliccion, que le obligó á levantarse y llegarse á los discípulos, y tomar con ellos algun alivio: llegó á los tres que tenia mas cerca de sí, y los halló dormidos. Pasó luego (como dice Lucas Burgense) á los otros ocho, que estaban mas retirados, y como tambien los hallase dormidos, los dejó, y se volvió á los tres primeros. Mira cuál anda tu Señor, qué desconsolado y afligido de unos discípulos para otros: llega á los unos, y como los halla dormidos, por no molestarlos pasa á los otros; como quien dice acá á nuestro modo: degemos á estos que descansan, y vamos á los otros, que quizá hallaré despierto alguno de ellos con quien pueda consolarme. ¿Qué haceis, Dios Soberano? ¿Acaso ignorais que todos estan dormidos, los unos y los otros? ¿Pues qué idas y venidas son esas? ¿Qué consuelo buscáis en quien ni para sí lo tiene, si vos no lo dais? Haz cuenta que te responde y dice: es así verdad, que todo eso

yo lo sé; mas quise por aquí darte á entender la grandeza de mi desconsuelo y fatiga, pues hacíame mendigar de mis criaturas el alivio que ellas no me podian dar. Piensa tú ahora con mucha atencion el grandísimo aprieto en que puso tu alma al Redentor de la vida, y cuál se vió para librarte de las cárceles horrendas del infierno.

226. Considera cómo habiendo vuelto el Señor á los tres discípulos, los despertó, y despiertos les dijo aquellas tan misteriosas palabras: así, ¿qué no habeis podido sola una hora velar conmigo? Velad y orad, para que no entreis en tentacion. Como quien dice: ¿es posible que tan poco amor os deba? ¿Veis que estoy afligido de muerte, en un desamparo y desconsuelo tan grande como os tengo dicho, y os pido que me acompañeis para mi alivio, y os echais á dormir? Si yo os pidiera que pasarais muchas noches en vela por mí, lo debiais hacer aunque os costara trabajo; ¿pero ni una hora siquiera os habeis querido desvelar por mí, viéndome tan desvelado por vosotros? Pues ahora tratad de velar por vosotros mismos, porque es grande la tribulacion que os espera; y así velad, y juntad al desvelo la oracion, no sea que os coja debajo la tentacion, y entónces ni podais hacer lo uno ni lo otro. Vuestro espíritu está pronto, mas la carne es enferma, prosiguió el Señor; que es como si dijera, viendo que se afligian con la reprehension: vuestra voluntad ya yo la conozco, y que está pronta, no solo á acompañarme, mas á dar por mí la vida; pero advertid á la flaqueza de vuestra carne frágil y miserable, que con el apetito y amor sensible de sí misma os derriba; y si no, acordaos, qué animosos estabais en la cena, prontos á acompañarme hasta morir, y ahora la carne flaca y temerosa os quita aquellos brios; y así velad y orad para sujetarla, esforzarla y animarla; y no os contenteis con tener buenos deseos y buena voluntad, porque todo eso se pierde con el sueño y pereza. Campo tienes aquí, alma, para hacer grandes consideraciones, y sacar mucha y buena doctrina. Piensa y considera que el Señor los despertó ántes de hablarles; porque aunque á sus amigos suele hablar en sueños, no obstante hay sueños y sueños: unos velan durmiendo, como lo hacia aquel que durmiendo tenia el corazon despierto; y otros velando estan dormidos, porque sus desvelos son por lo temporal y carnal: por esto sí que se desvelan, pero para lo espiritual y eterno estan dormidos. Este es malísimo sueño, y lo debes apartar

de ti para oír lo que Dios quisiere hablar á tu alma, que así te lo aconseja San Pablo : levántate, que estás dormido, y te iluminará con sus egemplos y doctrina Cristo, que es la luz verdadera.

227. Considera cómo el Señor los reconviene á los discípulos con el amor, diciéndoles así : ¿ vosotros sois los que me amais hasta la muerte ? Mal se os conoce, pues siquiera una hora no me habeis podido acompañar en mi desamparo. Ved como os engañais : pues la señal del amor verdadero es enfermar con el amigo enfermo, afligirse con las aficciones del amigo, y trabajar con el amigo puesto en trabajos : vosotros, viéndome afligido, desconsolado y puesto en grandes trabajos, os echais á dormir : ¿ pues en qué se conoce vuestro amor ? ¿ En qué se muestra vuestra amistad ? Piensa cómo el Señor los convence de que en su ausencia han de flaquear en la fé y virtudes, diciéndoles, que no han podido velar sola una hora con él ; como si dijera : si estando conmigo no velais, ¿ cómo velaréis estando sin mí ? Si viéndome delante de vosotros velando y batallando con la muerte, os entregais al sueño y descanso, ¿ qué haréis cuando yo os faltare de la vista ? Mira, y piensa bien estas razones, que para conocer tu miseria y traerte á temor de ti mismo, no las puedes pensar mejores. Si aquellos teniendo al Señor delante de sí en tan lastimoso estado se duermen, se descuidan, y ponen al peligro de la tentacion, ¿ qué será de quien ni piensa ni se acuerda del Señor ? Piensa en las otras palabras : velad y orad, porque no entreis en tentacion ; como quien dice : estos han de ser vuestros desvelos, estas vuestras ansias y cuidados : orar y clamar á Dios, porque no os permita entrar en los lazos del demonio, consintiendo en tus tentaciones ; porque una vez enlazados con ellas, os han de entrar en donde no podais salir ; y así teme, cristiano, esta maldita entrada, mira que muchos entran, y jamas vuelven á salir. Piensa tambien en las otras palabras : el espíritu está pronto, mas la carne enferma ; como si dijera : no os fieis en que vuestro ánimo esté resuelto á resistir y no consentir la tentacion ; porque la carne corruptible agrava al alma, y puesta en la ocasion, la derriba ; y así es necesario no asegurarse con decir : yo no quiero ofender á Dios, ni por todo el mundo ; y esto me basta. No basta, que es necesario que por las vigili-  
Estos dormidos. Este es maldito sueño y lo debe evitar.

que aligerada esta, no arrastre al alma, y así pueda sin tropiezos permanecer en su buen deseo.

228. Considera cómo el Señor dejando despiertos y avisados á los discípulos, volvió á la oracion, porque su congoja cada vez iba á mas ; y como no hallaba alivio en los discípulos, volvió á buscarlo en la oracion : apartóse de ellos otro tanto mas que la primera vez, como dice San Buenaventura, é hincado de rodillas, é inclinada á la tierra su santísima cabeza y ojos, humillado en la presencia de su Eterno Padre, hizo la misma oracion que ántes ; y habiendo perseverado como cosa de una hora, volvió á ver á sus discípulos ; y hallándolos dormidos, los dejó, y sin decirles nada, volvió á la oracion, y se apartó de ellos otro tanto mas que la primera y segunda vez. Esta es toda la materia de esta meditacion. Medita cada cosa de por sí, y piensa lo primero, que ves á tu Señor que vuelve tristísimo sobre manera á la oracion ; y arrojando suspiros, pasa del lugar de la primera oracion otro tanto mas adelante, y puesto de rodillas, cruzados los brazos, caida sobre el pecho su divina cabeza, por la grandeza de la afliccion de su alma, y pregúntale : ¿ que porqué muda de sitio, ya que no muda de oracion ? ¿ Que porqué ? Mira y repara que se alarga y aparta mas de los discípulos ; y piensa que el sueño le aleja de ellos, y conoce que la vigilia y oracion le acerca, y el sueño y flogedad le aparta. Vela, y ora si quieres tenerlo contigo ; y ora siempre si quieres tenerlo siempre. Mira en la postura de su divino cuerpo, que ántes se puso de rodillas, y ahora cruza los brazos é inclina el cuerpo á la tierra con profunda humildad, para enseñarte en tu oracion, que cuanto mas orares, mas humilde te has de poner en la divina presencia si quieres conseguir el fin de la oracion ; porque el Señor resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes, y se agrada mas del humilde publicano, que del arrogante fariseo. Atiende como repite la misma oracion que ántes habia hecho, para que tú no te desveles en buscar nuevos modos y nuevas oraciones, sino nueva reverencia, humildad y devocion : en esto siempre te has de portar como nuevo ; mas en la perseverancia como viejo. Mira cómo habiendo orado esta segunda hora, se halló muy quebrantado de la fatiga y congoja, que cuanto mas oraba, mas crecia ; y con este quebranto y congoja volvió donde estaban los discípulos, y hallándolos dormidos, se vuelve sin decirles nada : no les aprovechó el primer aviso, y no les dió el se-

gundo. No te duermas, ni eches en olvido los avisos de Dios, porque te harás indigno de ellos, y te dejará en tu descuido el Señor.

229. Considera cómo dejando el Señor á los discípulos, volvió tercera vez á la oracion; y como dice San Buenaventura, se alejó otro tanto mas de ellos, y postrado en el suelo, hizo la misma oracion que las dos veces antecedentes, y en ella fueron tantas las congojas y agonías que le cercaron, que se vió en punto de morir. En esto se le apareció un ángel del cielo, que le confortó y animó á padecer la pasion y muerte que le esperaba; y el Señor con las razones del ángel fué puesto en mayor agonía y pavor; de manera fué, que empezó á sudar sangre por todo su santísimo cuerpo en tanta abundancia, que regaba con ella la tierra. Considera todas las circunstancias de este paso, cada una de por sí, como si te halláras presente. Haz cuenta que le ves, y que vuelve tristísimo y affigidísimo, dejando á los discípulos, y se aparta de ellos mucho mas que las otras veces; y entiende que cuanto mas dormian, mas lo alejaban de sí: y así te sucederá á ti, si no procuras desvelarte por él. Mira como se pone en oracion, no ya de rodillas como la primera vez, ni inclinado á la tierra como la segunda, sino postrado y cosido su santísimo rostro con ella, puesto en forma de cruz; y así con mayores muestras de humildad y conformidad prosigue su oracion. Procura imitarle, y ora con reverencia y humildad, postrando toda tu alma en la divina presencia, con grande resignacion en la voluntad del Señor; y así haz cuenta que postrado el Señor de aquella manera, y puesto en cruz, le oyes decir con grande humildad: Padre mio, si no puedo dejar de morir, hágase en mí vuestra divina voluntad: aquí me teneis postrado á vuestra disposicion: aquí teneis este cuerpo, vengan los azotes: aquí está esta cabeza humillada, vengan las bofetadas y espinas: aquí estas manos y piés, puesto en forma de cruz; venga la cruz, y vengan los clavos, que á todo me rindo y me sujeto. ¿Cómo no habia de alcanzar respuesta una tan humilde y heróica resignacion? No quieras que Dios haga tu gusto, sino ora para que el Señor haga en ti el suyo. Mira cómo luego ves bajar del cielo un ángel de luz, el cual puesto con gran reverencia delante del Señor, le intima la voluntad del Padre, y le anima á padecer con tiernas, devotas y humildes razones, ahora fuese con palabras, ahora con inspiraciones: mas el Señor, así que se

le intimó la determinacion de su Eterno Padre acerca de su muerte y pasion, tuvo un grande sobresalto, y fué tan grande la congoja de su santísimo corazon, que empezó a agonizar como uno que está para morir, y juntamente con la agonía, empezó á sudar sangre con grande abundancia; de manera que el ángel que vino á consolarle le causó la mayor agonía con la noticia de la muerte, como lo da á entender el glorioso evangelista San Lucas; y San Justino dice, que se le estremeció el corazon,\* y se conmovieron todos los huesos así que oyó la conclusion de su causa. ¡O qué amarga nueva! Y si tales efectos hace en el Señor; ¿qué hará en un pecador? Si el desauciar de la vida al Señor le causa tal congoja que le hace sudar sangre, ¿qué tal será tu aprieto cuando te veas desauciado de la vida, que quizás la necesitabas para hacer penitencia de tus pecados? El Señor se los echó encima de sí, y le hacen sudar sangre. ¡Mira cuánto pesan! Carga, que puesta sobre los hombros de Dios, le hace sudar sangre, ¿cómo con tanta facilidad te la echas acuestas? Hácele cargo de las humanas ofensas la divina justicia, como diciendo: paga y satisface por ellas, pues te has obligado; y es tan cara la paga, que solo el pensarla, y solo el imaginar en el descargo, le da tanta congoja, que suda sangre. ¿Y tú qué descargo previenes? Mira que no solo se hace el cargo al fiador, sino tambien al culpado: este eres tú; ¿y no te da pena ni congoja? Suda sangre el Señor con la pena que le causa lo mal que nos habiamos de aprovechar de sus dolores y de su muerte; ¡y á nosotros no nos da pena, ni el haberle ofendido, ni el no habernos aprovechado! ¡Mira qué insensibles somos!

230. Considera cómo despues del sudor de sangre se sintió el Señor con valor para poder levantarse: no porque hubiese cesado la fatiga, porque esa fué creciendo hasta la muerte; sino que con ella pudo andar y volver adonde estaban sus discípulos; llegó, y les dijo: dormid ahora y descansad; veis aquí que ya es llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. Considera que ves al Señor, que se levanta de la oracion todo bañado en sangre, y que cogiendo una falda de su manto, con ella se limpia el rostro, como dice San Buenaventura; porque ni siquiera un pañuelo traía: ¡tan extremada era su

\* Dialog. 2. Triph.

pobreza! Llégate, y ofrécele uno, aunque sea hecho de la tela de tu corazón; y si está manchada, llégate á la sacratísima Virgen, y pídele un lienzo de sus manos, que solo ese puede ser á propósito: dile el estado en que dejas á tu Señor, y dale cuenta de todas sus agonías y trabajos: que aunque en vision todo lo habia registrado su alma santísima, tendrá alivio de verte, para que le lleves de su parte un recado y un jarro de agua para que se lave su santísimo rostro, que á buen seguro que no les faltaria agua á los ojos santísimos de la Madre, y una tohalla para que se limpie; y despues de haber cumplido con todo, guárdala en lo interior de tu alma; que prendas de tales manos no piden, ni requieren otro sagrario.

231. Considera cómo habiéndose limpiado el Señor, esforzándose á sí mismo, ves que se llega á los discípulos, y mirándolos les dice: dormid ya y descansad; y oyendo tú estas palabras, vuélvete á su divina Magestad, y ruégale postrado á sus plantas que haga lo que manda hacer á los discípulos. Dile: vos, Señor mio, sois el que debeis dormir y descansar, porque solo habeis velado y trabajado; pero los discípulos que han dormido y descansado, que velen ahora y trabajen; y así, sentaos un poco, y descansad de tanta fatiga, que harto os queda que padecer. Haz cuenta que te dice el Señor: dígoles que cuando me tuvieren consigo, duerman y descansen, que yo entónces los desfiendo. ¿Cuándo? Despues de haberse cansado y desvelado por mí; pero ahora, que ni se han desvelado ni cansado, se lo digo por ironía; que es lo mismo que decirles: hasta aquí habeis dormido y descansado; probad ahora á ver si podeis dormir. No podréis, aunque queráis; porque ya entra el traidor con su maldita compañía. Alma, aprende de esta santa doctrina: ahora te manda el Señor que trabajes, te desveles en su santo servicio, y que hagas oracion para que puedas prevalecer contra las tentaciones. Si dejas pasar el tiempo en sueño y descanso, llegará la hora que tienen observada las potestades de las tinieblas, y te quitarán para siempre el sueño de la eterna contemplacion y el descanso de la gloria. Guárdate de oír entónces las palabras de ironía que dice ahora el Señor; duerme ya y descansa; prueba á ver si puedes, que no podrás aunque quieras. Vela, pues, ahora que puedes.

232. Considera cómo el Señor dijo á sus discípulos: levantaos y vamos, que ya está aquí el traidor, y diciendo su

Magestad divina estas razones, llevo Júdas acompañado de un escuadron de gente armada con espadas, lanzas, hachas y linternas. Llegóse con temerario atrevimiento al Salvador, y saludándole le pidió el ósculo de paz: no porque el maldito la solicitase, ni quisiese tener con su Magestad, porque la tenia muy firme y establecida con el demonio; sino porque era la seña que habia dado á sus enemigos para que acertasen con el Señor, por ser de noche, y le prendiesen. Piensa esta maldad insolente de este maldito hombre, teme los altísimos juicios que son como abismos inapeables al discurso humano. Mira á Júdas escogido en todo el mundo para apóstol y discípulo del Señor: acuérdate que le ves andar con los demas apóstoles cuando el Señor los enviaba por delante á las ciudades y lugares adonde habia de ir, y que le ves hacer milagros, lanzar demonios, curar enfermedades, y tambien resucitar muertos. Piensa despues de esto, que le ves ordenado de sacerdote, consagrado en obispo, y participante de los altísimos misterios y secretos de Dios; y ahora le ves hecho capitán y caudillo de la peor gente del mundo, apóstata de la fé, hecho de la banda del demonio, enemigo mortal de Jesu Cristo, que le vende por treinta dineros, y le entrega á los mas crueles hombres del mundo, gente diabólica, que le desean beber la sangre, y lo compran, no para servirse de él, como de esclavo, sino para martirizarlo con terribles tormentos, y matarlo con cruelísima y afrentosa muerte. A este infeliz estado vino á parar un apóstol de Jesu Cristo: esta caida dió un hombre que hacia milagros. Teme no te dege Dios de su mano: huye de la codicia, que ella fué el lazo con que prendió el demonio á Júdas, y cautivo con él hizo tan enormes delitos.

233. Considera el atrevimiento y desvergüenza de Júdas. Bien sabia el maldito discípulo, que el Señor penetraba los corazones, y que en la cena le habia declarado la maldad que ocultaba en su malvado pecho, y con todo eso se atrevió á darle el ósculo de paz: y dice Teofilacto, sabia la suma bondad, sufrimiento, mansedumbre y paciencia del Señor; y fiado de ella, y de que no habia de descubrir su maldad, se arrojó temerariamente á su divino rostro, y á señalarlo con su sacrílega y maldita boca. ¡O temeridad humana! Mira, cristiano, que tu tambien has sido temerario para con este Señor: mira que tambien le ofendiste, fiado en su misericordia y en su bondad. Ea, que es sumamente bueno y